

LAS LENGUAS HISPÁNICAS (1)

Los iberos, primitivos pobladores de España, ¿quiénes eran, de dónde venían, qué conservamos suyo? Primeros tropezones de nuestra historia. De fijo nada sabemos acerca de ello; sólo un atisbo,

~~Σ~~ΡΚΗ ΦΡΥΤΙ ΤΑΡΩ ΚΑΝ: ΔΑΔΥΛΑ: ΒΑΣΚ
~~Σ~~ΤΙΝΗΡ: ΒΑΓΑΡΩ Κ: ΞΞΞΧ: ΤΥΡΑΒΑΙ
~~Σ~~Α: ΑΗΓΥΞ ΗΓΙΚ: ΒΑΜΗΡΩΚΗΙΥΝΒΑΙΑΑ
~~Σ~~ΚΗ. ΒΑΜΒΙΔΙΡΒΑΡΙΤΙΝ: ΙΡΙΚΗ: ΒΑΜΗΡ
~~Σ~~ΚΑΡ: ΤΗΒΙΝ Β: ΒΗΛΑΓΑΣ ΙΚΑΥΡ: ΙΜΒΙΝ
~~Σ~~Α: ΑΜΓΑΝΔΙΜ: ΤΑΓΙΜΓΑΡΩΚ: ΒΙΜΙΚΗ
~~Σ~~Ν: ΞΑΛΙΜ: ΚΙΔΗΙ: ΓΑΙΒΙΓΑΙΤ:

ΙΥΝΜΤΙΔ: ΞΑΛΙΡΓ: ΒΑΜΙΡΤΙΡ: ΜΑΒΑΔΙ
 ΔΑΡ: ΒΙΔΙΝΑΡ: ΓΥΡΞ: ΒΟΙΞΤΙΜΓΣΙΔ:
 ΜΗΞΓΗΔΞ ΔΥΡΑΝ: ΜΗΜΑΙΔ ΓΑΔΗΔΙΝ:
 ΜΗΡΑΙΚΑΛΑ: ΝΑΛΤΙΝΓΗΒΙΟΥΔΗΔΙΝ: ΙΛΔΥ
 ΝΙΔΑΗΝΑΙΒΗΚΩΡ: ΜΗΞΑΓΗΔΙΡΑΝ:

Plomo de Alcoy.

a mi modo de ver: aquellas gentes no han dejado rastro fuera del área peninsular, que se prolonga hasta el Garona. Por allí, hacia acá,

(1) Debemos a la bondad del Maestro el honor de reproducir en nuestro Boletín la parte doctrinal de su discurso de recepción en la Real Academia Española, con una adición (página 23) que lo avalora.

mantiénese un testimonio vivo de primitivismo: el habla vasca, cuyas características responden muy bien al tipo de nomenclatura geográfica y personal que a aquellas gentes se atribuye, y al aspecto externo de sus monumentos escritos, en un alfabeto cuya fijación aproximada creo que me corresponde; mas no pienso hacer uso de él ahora, sino presentar un texto en letra jónica y, por consiguiente, bien legible. Verdad es que el plomo de Alcoy, a que me refiero, pudo ser primeramente explicado, por eruditos locales y por Schuhardt, como escrito en un alfabeto ibérico, aquel que acreditó Delgado tras de otros, y hubo su poquito de controversia, pero esas son cuestiones bizantinas. Hoy se admite el helenismo de su escritura, y he aquí cómo suena:

«irike orti garokan dadula bask | buistiner bagarok sssxc
turlbai | lura legusegik baserokaiunbaida | urke basbidirbartin irike
baser|okar tebind belagasikaur isbin|ai asgandis tagisgarok binike|bin
salir kidei gaibigait

arnai | sakarisker

iunstir salirg basirtir sabari|dar birinar gurs boistingisdid | sesgers-
duran sesdirgadedin | seraikala naltinge bidudedin ildu|niraenai bekor
sebagediran».

Nada se entiende ni cuadra a estructuras indoeuropeas; va, en cierto modo, con lo vascuence, y sobre éste se intenta ahora irlo descifrando, con menguado éxito aún. El escollo, pues, del iberismo no está precisamente en dificultades de transcripción, sino en su esencia lingüística, y no extrañe nuestra torpeza, porque dentro de zonas más cultivadas, en el Mediterráneo oriental y en Italia, tenemos las inscripciones de Chipre y Lemnos, las eteocretenses, etruscas, prelatinas y aun galas fácilmente legibles, pero ininteligibles también. La filología europea, entre pinitos, anda en mantillas aún.

No se puede garantizar, por hoy, que desde Aquitania hasta la Tartésida se hablara una misma lengua, como tampoco que la vascuence deje de estar profundamente infiltrada de voces cántabras, puesto que a territorio de cántabros vino a refugiarse aquélla; pero todo induce a ver un tronco lingüístico desparramado en dialectos con caracteres de aglutinación o composición típicos. La onomástica personal de vascones e ilérgetes, revelada en el bronce de Áscoli, sirve de guía para reconocer algo de ello, y a su vez el plomo de Alcoy contiene radicales y palabras enteras repetidas en inscripciones en letra ibérica, procedentes de Liria, Sagunto, Tarragona y Mogente, que acreditan lo dicho. El plomo, a juzgar por su alfabeto, datará

del siglo v antes de Cristo, precediendo a todos los epígrafes de tipo ibérico, no anteriores al III probablemente. Resulta así, que a la serranía de Alcoy hubo de llegar, desde las colonias costeras limítrofes, un influjo helénico, de la Jonia asiática, y cuajó en escritura antes de correrse hacia sur la ibérica, forjada, al parecer, entre Ampurias y Sagunto, y de llegar en sentido contrario la tartesia desde Andalucía.

Aparte las inscripciones, son elemento de iberismo perceptible los nombres geográficos, ya recogidos por griegos y latinos, ya consignados en monedas, cuya estructura empareja por su aspecto con la onomástica personal, y sirve especialmente para revelarnos la expansión primitiva de aquellas gentes por toda la Península. Su enumeración es tema trillado, si bien con mal método, al englobarse en un fondo común todo lo indígena, sin apartar lo que corresponde a oleadas sucesivas de pobladores con hablas diversas. Pero esta selección ni es fácil ni lleva a conclusiones útiles por sí misma, quedando en más aventajada posición crítica la onomástica personal, que localiza los tipos étnicos al tiempo de la conquista romana, y con mayor elocuencia los testimonios epigráficos, a fin de lograr el avance definitivo a que tienden estas aportaciones de ahora. Desde luego, cabe hacernos la ilusión de que, si algo es factible en problemas raciales, la incógnita del iberismo cuenta con buen acopio de elementos para despejarla.

El mediodía peninsular obtuvo mayor exaltación, acreditada por leyendas clásicas, con sus tartesios, turdetanos y túrdulos, que llegaban hacia el Tajo por occidente y hasta la cuenca del Segura por el Mediterráneo. Descontado lo tradicional, sabemos de ellos menos aún que de los iberos: todo presunciones, sobre el hecho de una cultura, como reflejo del Oriente mediterráneo, que encumbra a Andalucía sobre todos los países occidentales, desde la época prehistórica que llaman del Cobre, trayendo ritos funerarios y formas de arte concordantes con lo egipcio y egeo. Y es impulso que estaría determinado por la explotación de minerales, oro y cobre, que nuestro país suministraba en grande, a partir del tercer milenario antes de Cristo, así como estaño y plata en los últimos siglos del milenario sucesivo, cuando suena en Oriente el nombre de tursos y tarsis para designar a nuestros tartesios. Entonces hubieron de recibir ellos, como primicia de insospechado valor, aquella escritura en que vertieron sus poemas y leyes. Una escritura acaso la más

vetusta entre las lineales de cepa cretense; anterior, de seguro, al alfabeto fenicio y, desde luego, a todos los europeos, siguiéndole directamente, como filiación suya, el ibérico. Mas si éste puede considerarse descifrado, el tartesio se resiste algo a mis esfuerzos, lo bastante para desconfiar de su lectura: no hablemos de ello.

Lo decisivo sería concretar la personalidad tartesia, mediante asimilaciones con los cretenses o sus aledaños, por ejemplo los filisteos, que en el terreno lingüístico explicasen el desarrollo de toda la cultura occidental europea en las edades prehistóricas; problema capital, apenas vislumbrado y no sin contradicciones aún.

Por ahora tenemos que limitarnos a estudiar algo sus estructuras fonéticas, destacando ciertos caracteres diferenciales respecto de lo ibérico, perceptibles tanto en nombres personales como en los geográficos. Entre aquéllos sobresale una familia semirromanizada, que tuvo por cabeza a un *Icstnis*; le suceden *Aninna* y *Nanna*; por colaterales, *Velaunis*, *Ildrons* e *Igalchis*; aparte, *Insghana* y *Velgana*. A la par salen otros nombres más o menos análogos, cuales son: *Urchail* *Chilasurgun*, hijo de *Atitta*; *Urcestar*, hijo de *Tascasecer*; *Socedeiaunin*, hija de *Istamiuris*; *Galduriaunin*, *Uprenna*, *Attunna*, *Sillibor*, *Insilur*, *Ceturgis*, *Titilicuta*, *Attisaga*, *Nusalita*, *Sisanna*, *Siseia*, etc.

Entre los nombres geográficos vayan estos de muestra: *Urci*, *Tutugi*, *Acatucci*, *Iptuci*, *Arucci*, *Baesucci*, *Olontigi*, *Lacimurgi*, *Aratipsi*, *Baesippo*, *Cedripo*, *Acinipo*, *Ventipo*, *Ostippo*, *Sisipo*, *Ipsca*, *Salpesa*, *Arunda*, *Ategua*, *Lascuta*, *Lacilbula*, *Iponuba*, *Ipolcobulcola*, *Obulco*, *Ilurco*, *Urso*, *Igabrum*, *Ipagrum*, *Cisimbrium* y muchos más. Sería elocuente hallar en Mauritania nombres similares; pero nada entre los de personas, y de lugares son comparables *Tucca*, *Ucubi*, *Astapa*, *Maste*, *Hippo*, *Ituke*, *Obba*, *Vescetria*: insuficientes para aclarar nuestro problema de orígenes.

En otra dirección y sobre el hecho de la peregrina escritura tartesia, obsérvase que sus inscripciones proceden de derecha a izquierda con tendencia a la espiral, conforme a las etruscas y al disco de *Festos*, y sin separar palabras, salvo a lo último en la comarca levantina por influjo ibérico, y sus signos coinciden todos con otros de la escritura egea en la época minoica, resultando ella simplificada, si bien no tanto como la fenicia, de la que es imposible destacar por derivación lo tartesio, aunque nos valga para reconocer el valor de una parte de sus signos. Prescindiendo de utilizar tales

inscripciones, limitémonos a transcribir una en letra latina, descubierta en Cástulo, que dice así:

«m . folvi . garosa . uninaunin . vebag . marc . la . l . unininit . sierouciut.» (Hübner: M. L. I.; n.º XLIV).

Poca cosa todo ello, y que no satisface para acreditar diversidad a fondo entre ibérico y tartesio en cuanto a su lengua. Sin embargo, parecen características tartesias el abundar grupos de *rc* y *rg*, así como la reiteración de sílabas seguidas con *s*, *t* y, sobre todo, *n*, coincidiendo con un *asegunanait* en inscripción cretense del siglo VI a. de C., ininteligible, donde también se dan contactos de consonantes oclusiva y continua, frecuentes en lo andaluz y extraños a lo ibero-vasco. Es indudable que entre Andalucía y el Mediterráneo oriental minoico hubo relaciones culturales, difíciles de explicar sino por colonización remota; pero el argumento lingüístico aparece aún demasiado flojo para apoyarla. Dato curioso de aproximación a lo ibérico es la leyenda *sacal iscer*, en moneda autónoma de Cástulo, concertando con el *arnai sakarisker* del plomo de Alcoy, un *sakar-biska*, en letra ibérica, del de Mogente, y un *ar...sakarís...* en Tarragona. De no sobrevenir hallazgos más esclarecedores, lo tartesio seguirá envuelto en sugerentes interrogaciones.

Lleguemos a otra gran crisis de nuestra prehistoria, que ya nos pone en contacto de supeditación respecto de lo europeo, tierras adentro. Es la irrupción aria o indoeuropea, que se manifiesta primero con la de aqueos en Grecia, que vino a cortar el florecimiento micénico, hijo del cretense, y luego por la de dorios hasta barbarizarla. Y aquellas gentes avanzaron hasta nuestra Península, con la esvástica por signo religioso, revalidando la Edad del Bronce, en oleadas sucesivas, que dan de sí luego la Edad del Hierro, hasta chocar con las invasiones militares y ya históricas de púnicos y romanos. Dos nombres adjudicó la tradición griega a los nuevos señores del Occidente: ligures y celtas, y ambos aparecen localizados aquí en España. Sobre los ligures viénesse discutiendo con argumentos contrapuestos; mas, a juzgar por lo que en su territorio mejor definido se trasluce, la Liguria, entre las faldas alpinas y el valle del Po, su tronco lingüístico era indoeuropeo, difícilmente segregable del celta y resultando inseguro definir sus reliquias. Como hipótesis, acaricio la idea de si les correspondería un núcleo de tribus que desde Cantabria se corrieron por la meseta castellana hasta el Tajo, coherentes en sus manifestaciones arqueológicas y lingüísticas, a juzgar por la

onomástica personal, muy destacada. Localización que no afecta a los territorios que dan por célticos los geógrafos antiguos, así en el confín occidental como en la sutura entre dichos pobladores de la Meseta y los tartesios e iberos hacia Sur y Oriente. Por consecuencia, impónese un criterio de unificación seguro, por encima de sus apelaciones fragmentarias de cántabros, astures, váceos, vettones, lusitanos y carpetanos, que ante el problema racial nada dicen.

Monumentos escritos de aquellas tribus abundan, pero desconocidos los más hasta el día, y son utilizables por estar consignados en alfabeto latino casi todos. Hay teseras con estas enigmáticas frases: «tridoniecu . cada | cadessuaeona | nemaioso.»—«h . l . | quom elandorsan». Otra, en letra ibérica, dice al parecer: «iroregios nomidugos menaios || aledures». En páteras de bronce: «stenionte . docilico | mu . gente . monimam»—«coughio . viscico . monimam». Pero lo más señero son dos grandes epígrafes rupestres. El principal, copiado en un yermo de Extremadura, lo escribió cierto Ambato y dice:

«Carlae praisom | secias . erba . muitie|as . arimo . praeso|ndo .
singeieto | ini . ava . indi . vea|un . indi . vedaga|rom . teucaecom |
indi . nurim . *indi* | udevec . rursenco | ampilua | indi—loemina . indi .
enu | petanim . indi . arlimom . sintamo|m . indi . teucom | sintamo».
(Hübner: M. L. I.; núms. XLVI, XLVII).

Esto suena bien a nuestros oídos; casi adivinamos un dialecto grecolatino; casi casi lo entendemos; pero los celtistas se dan por vencidos ante éste y los otros monumentos peninsulares del mismo grupo. No los pueden traducir, en absoluto. La ciencia lingüística se explaya en lo gaélico y lo bretón; luego, en lo germánico; aparte, en lo itálico alrededor del Lacio; pero de Etruria para arriba y hasta Nimes, donde aparece otro Ambato, sigue todo en el misterio. Ambato no debe de ser nombre céltico; mas le cuadra la significación aquitánica de *ambactus*, cliente, dada por Ennio y César. Su radical bordea los Alpes en la onomástica personal, sin pasar de Tréveris hacia el norte, y bajo la forma susodicha abunda, como ningún otro, en nuestra Península desde el país de los vadinienses cántabros hasta Extremadura y Toledo; pero falta en los territorios célticos, precisamente.

Avancemos a tientas, por si adivinamos lo que nuestro Ambato quiso escribir allá en la peña de Arroyo del Puerco. ¿Será una demarcación de linderos, un coto? ¿Acusarán sus jalones el *ini*, como *ἄνω* en griego, y la reiteración de *indi*, en sentido de *ἐνθα* o del *inde*

latino? Es curioso que *praisom* se parezca tanto a los *phrasona* y *praisoiinai* eteocretenses; acaso explicable por el griego *πράσσω*, hacer, o el latino *frango*, partir; *arimo* se acerca a *ἔρημος*, yermo; *singeieto* convida a compararlo con *συγγείτων*, vecino; *sintamom* con *συντάμνω*; ir por el camino más corto; *ampilua*, con *ἄμπελος*, viña; *loemina*, con *λειμών*, prado, y así sucesivamente; pero todo incierto, sobre la desconfianza, cuando menos, a que mi impericia obliga.

El otro peñasco escrito subsiste cerca de Viseo. Principia por la palabra *veaminicori*, que parece nombre gentilicio, asimilable a los *veamini* alpinos de Niza, nombrados como ligures entre otros que guardan cierta similitud con pueblos nuestros de la Meseta: segovii, segusini, medulli, carpatoracte, venisani, carystum. También alude la inscripción de Viseo a unos *caelobricoi*, que transparentan entrar en serie con tantos nombres de ciudades en —*briga* (ciudad, según Stéfano), correspondientes al habla de la Meseta, puesto que desde Cantabria al Tajo entra en composición con nombres romanos (Iuliobriga, Caesarobriga, Augustobriga, Flaviobriga). Veamos el contexto de la tal inscripción:

«veaminicori | doenti | amucom | lammaticom | crouceai maca|reai-
coi petranio elladom porcomi oveas | caelobricoi». (Hübner: M. L. I.; n.º LVII).

Se me ocurre si tal vez responderá esto a cosa de ofrenda; si *doenti* se explicará por *δίδοντι* o *dant*; *lammaticon* por *λήμματος*, dádiva; *crouceai* por *κρῆται*, brazaletes, asimilable a un *krouk* con idea de redondez, en gaélico; *macareai*, por *μαχαίρη*, espadas, y *coi* como *καί* o el *que*, partícula conjuntiva latina. Y perdónese lo burdo de estas comparaciones, sólo presididas por mi buen deseo.

Y vámonos a otra parte. De los célticos gallegos y portugueses apenas se nos alcanza su habla sino en nombres propios y, sobre todo, de dioses; advocaciones tal vez de carácter local, siempre inexplicables. Aunque nada aclaren, he aquí algunos para dar idea de su estructura dominante: Bandiarbariaico. Bande velugo toiraeco. Reuveana baraeco. Revelanganitaeco. Aegiamuniaego. Naviae semacae. Nabiae elaesurraecae. Consuneneoeco. Cosoudaviniago. Tongoenabiago. Vacodonnaego. Lucoubus arovieni. *Laribus* tarmucenbaxis ceceaeis. Crougin touda digoe, etc. No me detengo a analizarlos; pero sí acusar su diferencia respecto de otros, que caen cerca de los letreros rupestres arriba transcritos y justifican diversidad racial frente a lo celta. Son estos: en Viseo, «*Iuno* | veamvaeorum |

tarbolam | ancuniarum». En Brozas, «Bandiae *Apolo segolu*». «*Iovi solutorio* astur stureii rutilus», donde tal vez pueda clarearse un «ἄστυρ στέρου *rutilans*» o cosa así. En Talaván, «Munidie . berobrigae . toudo palandaigae».

Pasemos al borde oriental de la Meseta, la Celtiberia, que ofrece sorprendentes novedades; y, para hacer boca, he aquí la lista de topónimos bilbilitanos evocados por Marcial: Congedus, Dercenna, Nutha, Perusia, Salo, Tuetonissa, Turgontus, Vadaverus, Boterdus, Burado, Cardua, Peteris, Riga, Rixama, Vativesca y Voberca.

En general, todo esto, sin disonar ante lo gaélico, no entra en su onomástica, lo que ya es bastante para prevenirnos acerca de divergencias características de lo español, aun en las zonas donde parece acreditada una hermandad racial. Advertido ello, vámonos al país de los lusones celtiberos, hasta más allá de Teruel, sobre el Turia recién nacido y ante la cantera de Peñalba de Villastar: una faja blanquecina de peña tajada, por base de la meseta dominante, sin rastro de población vetusta allí, pero salpicada la peña de dibujos y letreros, grabados a punzón, pues lo blando de la caliza se presta a arañarla fácilmente, y ellos corresponden a etapas entre sí alejadas. Algunos, con signos de cristianismo avanzado; otros, enigmáticos aún; algo que parece caracteres ibéricos y, sobre todo, una serie homogénea de letreros, fechables en el siglo I de Cristo, escritos en alfabeto latino arcaico, y redactados casi todos en lengua exótica. El misterio los acompaña: nada en los dibujos de aquellas groserías tan frecuentes en el arte parietal; el tracista más fecundo era un refinado, que copió allí nada menos que un verso latino: «Tempus erat quo prima quies mortalibus aegris»..., y en vez de seguir completando la virgiliana frase: «incipit, et dono divum gratissima serpit» (*Aeneidos*, II, 268, 269), añade, en grandes letras al pie, un «nescio qui», que nos deja parados.

Mas no vayamos en busca suya al sitio aludido. Allí la peña, teñida por los siglos, destaca una serie de blancas heridas, acusando el arranque de los trozos donde la gran mayoría de los letreros y dibujos iba impresa. Aun quedan allí unos pocos, otros en el vecino pueblo de Villel, muy secundarios; el resto, vergonzosamente almacenado, desde hace treinta años, en el Museo arqueológico de Barcelona, con ese miedo a lo peligroso y difícil que tanto cunde entre los eruditos, con esa prevención a desentonar que esteriliza muchas investigaciones.

Recién descubierto, fotografiado y dibujado todo ello por Cabré,

nuestro gran zahorí campesino, él mismo lo publicó, brindando al P. Fita el estudio de los letreros, sin resultado alguno. Aquellos materiales me fueron luego suministrados por el descubridor; más adelante calqué los originales y obtuve nuevas fotografías, sin que mis atenciones removiesen la inercia de la dirección del susodicho Museo, y así hasta hoy.

Sería fatigoso en esta ocasión presentar y discutir todo lo que los letreros de tipo romano dicen; adivinar quienes serían aquel «Tuos carorum viros veramos», repetidamente nombrado; aquel «Calaitos voramos ednoum», aquel «Guandos cotiricum» y el «aio Guandos», con otras frases más o menos inteligibles, para concentrar

IIIVTIOROSII
 VTATICI NOTIATVMII
 II RII CAIAI TOI VCVII
 ARANANOM.COMIIMV
 IIIVTIOROSII (II R VII) VIR VII
 OGRIS. OLOCAS. TOGIAS. SISTAT. (V CV III) TIASI
 TOGIAS

Grafito de Peñalba de Villastar (Teruel).

nuestra atención en el letrero principal, por bien escrito y copioso, que dice así:

«eniorosei | uta . tiginio . tiatumei | erecaias . to . luguei | araianom.
 comeimu | eniorosei . equeisuique | ogris . olocas . to . oias . sistat .
 luguei . tiaso | togias».

¿Verdad que también esto suena a lengua familiar? Apelo ahora a mi propia y modestísima eficiencia filológica: no entiendo ni una palabra, ni siquiera barrunto de qué se trate. Pero todo lleva un aire de latinismo y una normalidad fonética tan nuestra, que invitan a reconocer algo ancestral en este grafito y a un intento de adivinaciones. Por de pronto, la cita de la Eneida hace creer que fuese un italiano culto el tracista, con la sospecha de si en lo demás vertiría sus ocurrencias en lengua vernácula: nada de eso. Es evidente que

ni los dialectos itálicos y prelatinos de allá conocidos, ni el etrusco tienen punto de contacto con los grafitos turoleses. Ha de creerse, pues, que nos hallamos ante expresiones de lengua indígena desconocida, y también disidente, en absoluto, de lo gaélico y bretón. Lo positivo es su carácter protolatino, como si dimanase de un desgarre del tronco indoeuropeo, anterior a la colonización italiana y que pudiera corresponder a la invasión céltica, reconocible en nuestra Península por sus vestigios arqueológicos quizás desde unos seis u ocho siglos antes de Cristo, disputando terreno a los iberos y a los supuestos ligures de la Meseta. Desligar esta invasión de la gala, tan posterior, la del Breno en el siglo IV, así como ésta de la germánica razonaría etapas distintas de lenguaje y el no explicarse la epigrafía céltica española, ni aun la francesa, por los dialectos gaélicos.

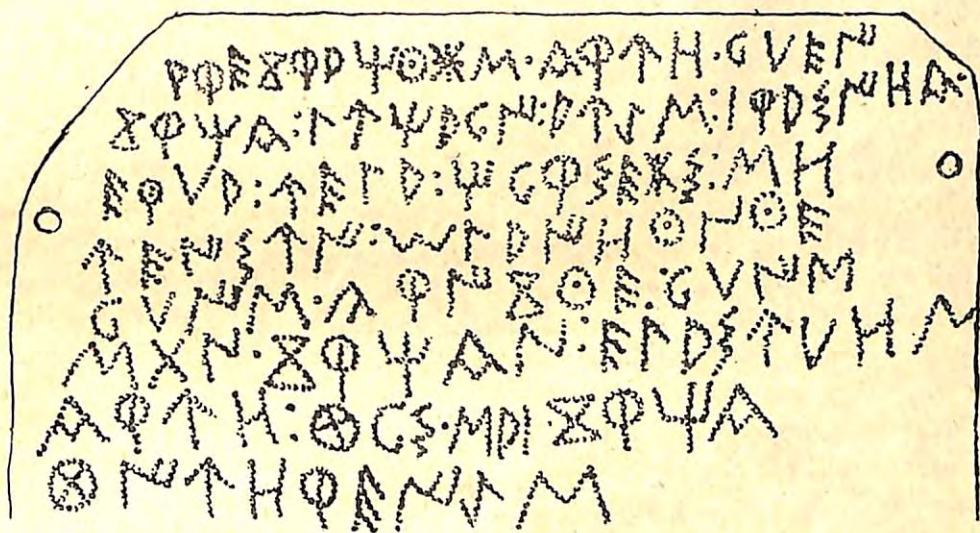
La calidad de quienes figuran en letreros de la cantera de Peñalba se nos revela, en cierto modo, por aquello de «viros veramos», como *vir verendus*, el «voramos ednoum», quizá sobre *vorax* y *edonum*, y el «aio», que es como *yo digo*, exactamente. Dar valores así al letrado principal no sería difícil, pero sí arriesgadísimo e incierto, de no mediar la base filológica que me falta, desgraciadamente; sin embargo, valgan algunas observaciones, por si ellas abren camino a los doctos. De partículas, el *eni* inicial puede ser *in*; el *uta* es forma arcaica de *ut* conocida, y en esto resalta la distinción con el osco, que da *puz*, y el umbrío, *puse*; *to* quizá sea el posesivo *tuo*, y *comeimu* pudiera equivaler a *mecum*. *Erecaias* recuerda *erigeas*; *luguei* se acerca a *lucus*, bosque, regido, tal vez, por *araianom*, como *aragium* o *aratio*; *tiaso* coincide con *θιασος*, fiesta sagrada, y así hasta el *togias*, que pudiera explicarse por *δοκέω* o sea *doceo*.

Otro grafito allí mismo arroja estas frases: «damergios—irisan . irandum obios | ibiti . meis», y prescindo de algunos más, escasamente legibles, entre los que parecen coetáneos. Desde luego puede garantizarse la autenticidad de todos ellos, y valga lo dicho para acreditar la trascendencia que el estudio de estos letreros alcanzará si no marro demasiado al presentarlos.

Hablando de lo ibérico antes, me abstuve de aducir los documentos redactados en su alfabeto propio, a fin de no acrecentar dificultades. Mas ahora preveo cierto reparo que obliga a lo contrario; porque si, conforme a mi método, conocido y admitido ya, se lee una de las tales inscripciones, segunda en importancia entre las divulga-

das, su aspecto morfológico no podría menos de comprometer las arriba supuestas afinidades vascas. Explícate ello porque la tal inscripción, o sea el bronce de Luzaga, aunque utiliza la escritura ibérica, su lenguaje debe ser celtibérico, según cuadra al sitio de donde procede, hacia las fuentes del Tajuña, mansión de arévacos, relacionada con Clunia y Numancia. Es, pues, buena ocasión para presentarlo desde este punto de vista y suscitar su estudio.

Respecto de su contenido, parece confirmarse la hipótesis acariciada por Zóbel, de que será un concierto entre dos pueblos,



Bronce de Luzaga (Guadalajara).

conocidos por acuñaciones monetales: *aregoráticos* y *lutiaceos*, posiblemente donde hoy Ágreda y la misma Luzaga. Viene a aclararlo una palabra, *gortica*, tres veces inserta, que se repite en la tesera de Huete (M. L. I., n. xxxix), celtibérica también, así: «libiaca gortica car», con referencia a dos pueblos, Libia y Cáraca; y su sentido lo reafirma otra tesera, latina e inédita, descubierta en tierra de Ciudad Rodrigo, que dice: «tesera cauriesis magistratu turi». Resulta así que el *gortica* significaría tesera, o bien lo que ella daba a entender, en lengua celtibérica. He aquí la transcripción del bronce, que apenas suscita dificultades de lectura (M. L. I., n. xxxv):

«aregoraticubos caruo cemei | gortica lutiacei augis barasioca |
erma uela ticersebos so | ueisui belaiocuncue | cemís carigocue cemís |
stan gortican elasumon | caruo tugis saba gortica | tuiuoreigis».

Me abstengo de comentarios, salvo acusar el aspectoseudolatino del lenguaje y su absoluta divergencia respecto de lo ibérico.

Tras de ello tocamos al período de romanización nuestra, con el latín por lengua escrita y absorbiendo poco a poco las hablas indígenas. Aquí tendría cabida el hacernos cargo del latín rústico que legionarios y colonos importaron, tema demasiado complejo y trillado

MAXIMVS NIGRIANO
ETHOCSEVITPROVIDENTI
ACTORISUTPUELLA MOVIAM
FEGOTOLLE RAT MITTERE
ILLMADITALELABORERUT
MANCIPIVS DOMINI CUS
PERIRET QUITAMANO
LABORIFACTUS FUERAT
ETHOCSEVIT MAXIMO
TROFIMIUS FORTAETICASTLE
HXILLOMQUA N EXOMNI
CLASVS EST

Tégula de Villafranca de los Barros (Badajoz).

para manosearlo de nuevo. Baste presentar otro documento mal conocido entre nosotros, procedente de Villafranca de los Barros. Una carta misiva, aunque difícilmente trasportable, escrita en una *tégula*, a punzón, antes de ser cocida en el horno, y conteniendo órdenes reservadas, de grave trascendencia doméstica, entre dos subalternos de un señor desconocido. Y voy a ofrecerla completa y leído su final, a los cuarenta y tantos años de haberlo intentado en vano; pues se dió el caso de que, al publicarla Hübner entonces, proclamase que quien leyera sus tres últimas líneas «erit mihi magnus Apollo»; y, claro está, usando de la benevolencia con que acogía

mis pinitos epigráficos, le propuse no sé qué lectura, rechazada desde luego, como la que el Marqués de Monsalud y Rodríguez de Berlanga también aventuraron. Dice así toda ella:

«Maximus Nigriano: Et hoc fuit providentia actoris, ut puellam, qui iam feto tollerat, mitteres illam, ac tale labore ut mancipius dominicus periret, qui tam magno labori factus fuerat, et hoc Maxima fecit Trofimiani fota; et castiga illum, quare somniclosus est; et tum tegla minui fingi, et scindite salaci pilos». (*Ephemeris epigraphica*; IX, 69).

Sería agraviar a la Academia el meterme a exponer lo que hay de vulgar contra el latín clásico en estas frases, denunciando hispanismo, en cierto modo. Baste una traducción, necesaria por cuanto discrepo del sentido que los editores admitieron, llegando a una especie de novela jurídica y hasta a descubrimientos geográficos baldíos. Es así:

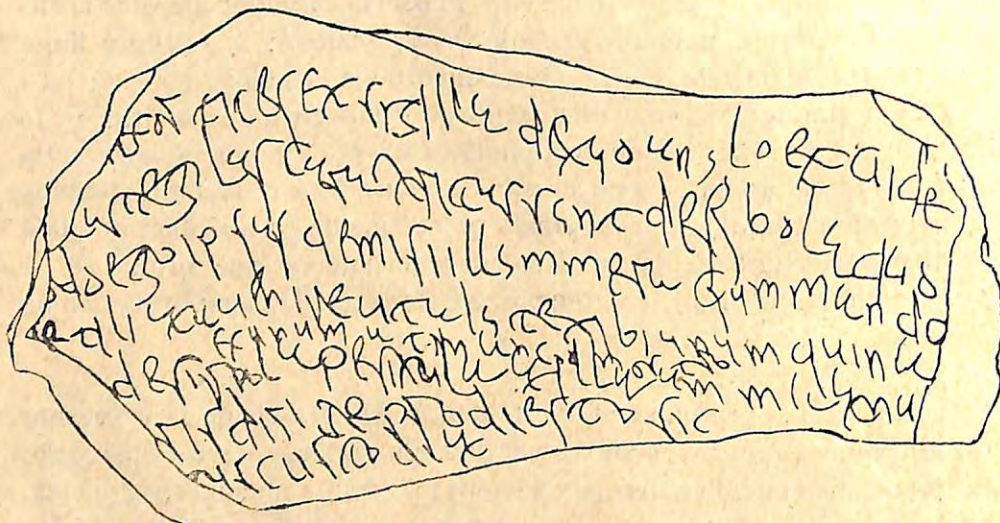
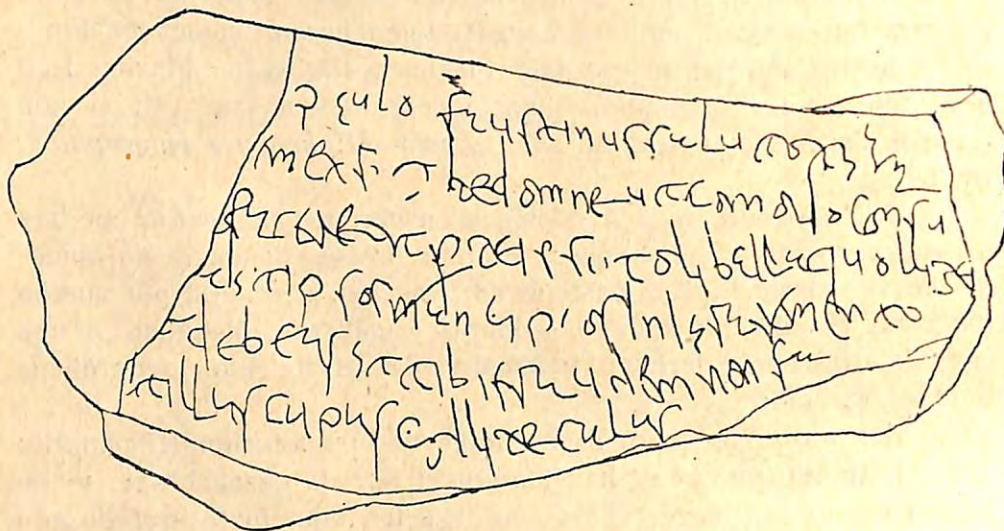
«Máximo a Nigriano. Y en esto quedó la resolución del actuario: que a la moza, que ya se henchía con el feto, la despachases, y con tal esfuerzo que perezca el esclavo del señor, que fuera logrado con tan gran trabajo, y esto lo suscitó Máxima, la manceba de Trofimiano. Castígalo a él por cuanto es fantasioso; y además finge haberse roto esta teja, y a la lujuriosa cortadle el pelo».

La intimidad de este documento lo sitúa en lugar aparte de la literatura epigráfica hispano-romana. Por ello y por la letra, con atisbos ya de uncial y aun cursiva, en que está redactado, merece someterse a estudio ahora, cuando precisamente se nos abre un ciclo de literatura bárbara, verdadero descubrimiento que brindo a la Academia, como primicia de nuestras hablas medievales: procedamos a ello.

Entre paleógrafos se viene hablando de letra visigoda y presentando como tal la de los siglos VIII a XI. En realidad, escrito visigodo, fuera de lo epigráfico, en mayúsculas, y de lo uncial, en códices, nada era reconocible, y lo que pudiera constituir precedentes, las ánforas del monte Testaccio, en Roma, y los grafitos de Bolonia, caen demasiado lejos para colacionarse. El panorama documental cambia notablemente ahora con el hallazgo de seis pizarras, escritas a punzón también, y al frente de ellas otra epístola, muy bien presentable tras de la anterior.

Se descubrió en el Barrado (Plasencia: Cáceres) en 1889; estuvo en manos de Muñoz y Rivero y del P. Fita sin pena ni gloria, y lleva

su medio siglo en una vitrina de la Academia de la Historia, esperando la hora de salir a luz, que va a ser esta. La pizarra, escrita por ambas haces, resulta algo difícil de leer, como todo lo cursivo, e



Pizarra del Barrado (Plasencia: Cáceres).

incompleta por rotura de un borde; alude a cosas de explotación agrícola, con palabras de arduo sentido por inusitadas o corruptas, y sobre sus caracteres paleográficos no es ocasión de insistir al presente; pues ello solo constituye tema de estudio trascendental. Veamos su contenido, supliendo como pueda y por vía de ejemplo las voces truncadas. Así:

«Paulo Faustinus . Saluto tuam (claritat)em et facite, domne, ut comodo consu(luisti m)e facere, ut per te ipsu toliballa quollige, (et sic) ad ut ipsos mancipios jn jura semen to(tum eriper)e debeas, ut tibi fraudem non faciant, et illas cupas collige, calas = (r)etortices, et sigilla de tuo anulo, et cude (il)las teglas cara fritas sunt de fibola, quo(m)odo ego ipsas demisi; illum meraqum manda de Tiliata venire, ut ajutet ibi unum quina de Sirjola peritula — et unum Atmancio nostro — at illa ammica tua (ag)ris dirige; prodi esto, sic (vir)tus custodiat».

Este documento no es único. Hay otros, iguales en cuanto a su estructura, en pizarras también, variados de tema y descubiertos al sur de la provincia de Salamanca, cuya relación sería larga y complicada; pero su valía, tanto en lo paleográfico cuanto en su léxico y contenido, es grandísima. Dos de ellos contienen oraciones, quizá en sufragio de muertos, pues salieron de sepulturas en Santiabáñez de la Sierra, con invocación a los ángeles Uriel y Gabriel, pero desgraciadamente incompletas; otro es mera relación de nombres personales de tipo cristiano, mas no bárbaros; otro, también así, especifica modios y sextarios anejos a cada nombre, con referencias topográficas, etc.; otro es cosa judicial, con valor de objetos consignado en *solidos* y *tremisses*, y otro dice lo siguiente: «*per tratus feci turbat qui lesserit sedat in foca boina*». Salvo la segunda letra, *f*, lo demás resulta claro, mas no lo entiendo.

Va escrito esto último al pie de otras líneas compuestas de signos geométricos, que son cifras numerales romanas, en agrupaciones variadas, y que generalmente dan sumas iguales en cada línea, revelándose quizá como ejercicios escolares. Pero sorprende la abundancia de tales pizarras, sobre todo en un despoblado cerca de Ciudad Rodrigo, que llaman Lerilla, donde se obtienen por decenas y decenas con sólo tomarse el trabajo de irlas recogiendo. Indicio bien raro de educación matemática en aquellos poblados, habitación de vettones, romanizados luego y alcanzando algunos al período visigótico.

Ello ha de tenerse en cuenta para explicar el letrero últimamente transcrito y, desde luego, se justifica la antigüedad de ambos lotes de pizarras. Ya el aire clásico de la epístola previene para asignarle fecha anterior a la penetración de germanismo, que hubo de alcanzarse en el siglo VII, y lo mismo enseña el tipo de su escritura, con algo de evolución gráfica sobre lo romano cursivo del siglo IV, no siendo la tal epístola donde mayor antigüedad parece revelarse, y

siempre muy distanciada de lo posterior a la invasión árabe. Estas muestras caligráficas, comparadas con las de fuera de España, acreditan cierta unidad en todo lo que fué imperio romano, hacia los siglos v a vi, que luego se resuelve en las escrituras nacionales bárbaras; pero faltaba su comprobación respecto de lo visigodo, ahora tan fácil y decisivamente lograda.

Todavía otro hallazgo de pizarra congénere, descubierta bien lejos, en un rincón inexplorado de Asturias, en Carro, sobre el Navia. Es la mayor de todas, repartida en dos hojas y con escritura tan apretada, desigual y en parte borrosa, que se me han ido muchísimos días en la tarea desesperante de descifrarla. Creo haberlo logrado; mas no la explicación de su contexto, ni ello será posible, dado el carácter esotérico que revela, como documento de hechicería envuelta en proteccionismo cristiano, con planes de aventura revolucionaria entre personajes de categoría, y quizá dictado por un taumaturgo misterioso. He aquí la parte menos oscura e incoherente del tal escrito:

«Aguro uos *omnes* patriarci | mical grabriel ceciteil oriel rafael ananiel marmoniel qui ilas | nubus contis finetis in manu uestras estote. liueri de uila nomine cis|cau ubi auitat famulus dei auriolus presu cimeterios cum fratribus uel uici|nibus sui uel de *omnes* posesiones eius | edicianur de i uila e de ilas auitaciones eius *per* montes uada et reuertam ubi neque calus conta neque galina caçena ubi neque aratore neque seminator semina ubi neque nula | nominare sunt. aguro tesaoras *per* issu *dominum* nostrium *futurum* qui te lic|uit in cinbes ciuitate ub non noceas neque asbori neque menis|sibus neque ameneis neque frautiferis neque asboribus neque | coliuies nobegiam tiui . ibi est meus *dominissimus* scetru firmu»... etc.

Unos patriarcas, entre los ángeles, enteramente desconocidos; peregrinación por tierras desoladas; *tesaoras* prometidas; otras tierras fértiles intangibles; una ciudad, *Cinbes*; *nubus*, *nobegia*, y hasta un *dominissimus* que actuaba con cetro firme por allí, y más y más cosas peregrinas; todo ello imposible de traducir en realidad para nosotros: ¿Locuras, prodigios; algo relacionado con las primeras etapas de la Reconquista? ¡Quién sabe! Quedan en pie sus modismos y palabras raras, sus grafías reveladoras del lenguaje en disolución; su letra, cursiva también; menos romana que la de las pizarras salmantinas y mejor caracterizados los signos; afín de lo primitivo mozárabe, mas no de lo cancilleresco asturiano ni de lo merovingio.

Asturiano, mozárabe: fases de cultura nuestra en el ciclo de la Reconquista. Ya de entonces, archivos y bibliotecas conservados; legión de códices y documentos en los que se revela progresivamente la caída del latín, de su sintaxis complicada, de sus galas retóricas, sobreponiéndose miseria de léxico, giros nuevos, acogida de palabras exóticas, especialmente árabes, y esta lengua árabe sustituyendo al latín, como reacción erudita, en traducciones, glosas y comentarios. Luego, un resurgir de clasicismo a fines del siglo xi, con imitación de textos cultos latinos y estudio en glosarios artificiosos, por un lado, marcando una educación eclesiástica erudita, y frente a ello el vulgo indocto, que sigue elaborando su lenguaje sobre lo tradicional, hasta hacerse intérprete del pensamiento colectivo y afianzar el romance con categoría de instrumento literario.

Todo esto ya no es cosa de analizar ahora; sólo una digresión final no impertinente. Cuando allá en 1910 se organizaba el Centro de Estudios Históricos, inició D. Ramón Menéndez Pidal sus lecciones de laboratorio con la presentación en fotografías de las «Glosas silenses». Una revelación para mí, entre cavilaciones sobre: ¡si yo pudiese hallar algo semejante! Y la suerte, que tantas veces, gracias a Dios, me asiste, hizo que, yendo por camino propio al estudio de los códices de letra visigoda, o sea mozárabe, en sus iluminaciones y caligrafía, hojeando uno de la Cogolla, se me ofreciesen las que bautizamos con el nombre de «Glosas emilianenses», paralelas de aquellas otras y con ventajas en antigüedad y por resolverse en una brevísima composición literaria, primera romanceada que alcanzamos. La publiqué en 1915, como primicia del hallazgo, y arroja lo siguiente:

«Con o ajutorio de nuestro dueno, dueno Christo, dueno Salbatore, qual dueno get en a honore e qual dueno tienet ela mandatione con o Padre con o Spiritu sancto en os siéculos de lo siéculos. Fac a nos, Deus omnipotes, tal serbitio fere ke delante da sua face gaudioso segamus. Amen».

Así se podían ya en el siglo x formular ideas, glosando la evocación agustiniana al honor y al imperio de Cristo, como si ella removiese el espíritu español en un primer impulso hacia la conquista de su personalidad social.

Y se acabó el filón de mis aportaciones a través de la literatura arqueológica nuestra. Por vez primera van recogidos aquí fragmentos de las lenguas peninsulares muertas y, al oirlas, quizá se haya notado con sorpresa que suenan bien y suenan a nuestro, como si fuese verdadero lo de que la fonética, el ritmo vocal es permanente y

fijo en cada pueblo. Mas no han de satisfacernos las exterioridades a que mi labor llega, con abrir el libro sellado de lo que feneció, sino penetrar en la intimidad del pensamiento español a través de los siglos, y esto lo brindo a los maestros en filología y erudición literaria, a ver si descubren el arcano de iberos y tartesios, de supuestos ligures y célticos, y luego espigar en la mies de latinidad provinciana sus granos de hispanismo, que fueron creciendo y desarrollándose hasta abarcar en el romance nuestra habla.

Claro está que si lo dicho ha de servir para algo, no es simplemente dejándose llevar de mis impresiones, sino merced a un trabajo a fondo, con la totalidad de documentación que a cada tipo de lengua corresponde, para lo que no ha de faltar, *Deo volente*, mi ayuda. Sirva, pues, lo antedicho de programa, de muestra, que abra entre los eruditos la apetencia de estudio. Y sirva también por corolario de estas disquisiciones inquirir algo del espíritu nacional, a que responde la expresión hablada en cada época revelando la personalidad española: síntesis, en el tiempo y en el espacio, de sus aptitudes, y augurio de lo que puede dar de sí en lo futuro.

Uno de los hombres sabios de mi siglo, José M. Quadrado, al contemplar en ruinas un pueblo de abolengo, frente a otro de advenedizos próspero, exclamaba: ¡Dichosos los pueblos que no tienen historia! Que es como decir: ¡dichoso el expósito! Mas eso no va bien para quienes ostentamos en alma y cuerpo, con nuestro propio ser, el de nuestros padres; y, si por las rayas de la mano se tramaban adivinaciones, en la ascendencia se vinculan indicios de lo que nuestra sangre arrastra de potencialidad heredada. Y no siéndonos indiferente la alcurnia, tampoco nos hemos de considerar desligados de lo colectivo nuestro, de nuestra raza, de la individualidad social española, reflejada en lo que subsiste de aquellas generaciones cuyas hablas intentamos reconstituir ahora.

Si oímos hablar a un francés, lo diputamos extraño a nosotros por su acento, y si le medimos el cráneo se confirma el hecho. Pero si oímos la lengua vascuence nos suena tan a nuestro que la acogemos gustosos. Y, de hecho, ahí está el hombre vasco, el ibero, pesando sobre nuestra historia, con su mentalidad no conformista permanente, su inquietud; hoy, guerrillero; ayer, en aventuras de mar; antes, soldado a merced de Roma, por Italia y Sicilia, sin apegos fuera de lo suyo; y ahí le tenéis conservando su hombría de bien, tanto como su encortezada fiereza.

¿Son ellos los aborígenes españoles? Así se dijo y así lo confirma su primitivismo. Pero ahora me asalta una sospecha: rodando mundo he tropezado con el vasco puro en Navarra, quizá en el Maestrazgo, y en el Alto Aragón bien definido; pero también observé al villano de Castilla, el labriego de los Campos góticos, el sayagués y hasta el jurdano envilecido, mirando humildes al cielo, irreductibles frente al vasco y aun disociados del montañés vecino suyo. Todo inclina a suponerlo aborígen nuestro también, sin historia, sin nombre, y hasta asignarle un atisbo cultural adjudicándole el arte de los dólmenes, remedando al tartesio prócer, constructor de los sepulcros con galería y cúpula, desde Almazaraque hasta el Tajo. Y si hubiésemos de buscarle ligazones de origen, sería en África, con el elemento líbico. Desde luego, tales gentes, acaso desligadas siempre de los iberos, constituirían nuestro sustrato pasivo nacional, incommovible a través de invasiones. No soy castellano y puede tenerse en poco a Castilla; pero aquí no hay terremotos y aquí se duerme tranquilo como en ninguna otra región de la Península.

Y del andaluz ¿qué diré? La hermana monja de Unamuno decía que las andaluzas son siempre niñas, y estoy por admitir como exacto este infantilismo; pero no se juegue con el andaluz, que tiene malas pulgas. Él adolece de quietismo también, de conformista algo estoico, senequismo diríamos; individualista y disociable, cuanto apegado al ambiente nativo; mas, si por fuerza de las circunstancias se airea cosmopolita, entonces, rehaciéndose, domina la situación, vaya donde vaya. Por algo convive a gusto con el gitano, subyugándolo, y juntos expresan en cantos y danzas el sentido artístico primitivo, la infancia eterna del vivir a gusto. Son dotes que me guardaré de achacar a un fondo tartesio; porque la revolución de pobladores allá durante la Edad Media no permite hacerse ilusiones con entronques remotos, ni aun casi tampoco buscarlos en el invasor árabe: una síntesis de hispanismo con algos de oriental pudo acaso informarlo.

Mejor podemos definir el otro factor esencial que actúa sobre nosotros: el montañés, el cántabro-astur; aquellos bandoleros prehistóricos, a que alude Estrabón, cazadores y ganaderos; duros, indómitos y agresivos siempre, dominadores de la Meseta y luego fautores principales de la Reconquista. Los tenemos aún alrededor de la cordillera cantábrica y a lo largo del Duero, en Fermoselle, por ejemplo; es el maragato despierto, el serrano de Ávila, el charro de las dehesas salmantinas, el montaraz altivo, menospreciador del

destripaterrones; y ese mismo bajó armado hacia Cáceres, y saltó, en conquistador otra vez, con los Pizarros hasta América.

Luego, parece verosímil considerar a los celtiberos como célticos, a juzgar por el lenguaje bilbilitano y turolense de que antes presenté muestras; pero el carácter aragonés de hoy, la opinión de los escritores antiguos sobre su valentía y progresos técnicos, y el crédito, aun más merecido por su tesón que por fieros en Numancia, inclinan a ver un feliz injerto de iberismo en ellos con la fusión de ambas razas, prestando valores de honda raigambre a la vida nacional.

Su contraste con el gallego céltico es elocuente: raza de plasticidad seductora, de intimidades delicadísimas, lírico por excelencia, destacándose en lo práctico por sagazmente acomodaticio y, como abnegado trabajador que es, no da mucho, sabiendo lo que cuesta la vida. Otras fuerzas periféricas peninsulares, aunque pesen muy mucho, actuaron menos a gusto, en virtud de su orientación hacia el exterior y su autocentralismo peculiar: fieles a nuestra tesis, con oír el habla de Barcelona, Valencia y Lisboa nos damos cuenta de que factores extraños les prestaron su acento.

Considerando todo eso, parece lógico intentar una síntesis con vistas al acervo lingüístico netamente español, dentro de las proteicas fases de su desarrollo. Así llegaríamos hasta definir acaso nuestra personalidad racial, con un fondo extraeuropeo, que se traduce en genialidad, exclusivismo, improvisaciones, arranques magníficos sin continuidad, sin fruto adecuado, y a vueltas un instinto de autarquía, individual casi, antes bien reductible a unidad por virtud de sugerencias que por razonamientos. Y como si la sonoridad rotunda de nuestra habla obedeciese a presunciones inconscientes de dominio, sobre un ideal no formulado aún, cabe la ilusión de que algún día, en el ansiado futuro próximo, sepamos dirigirnos por camino propio, genialmente, a conciencia, sin claudicaciones ni servilismos.

MANUEL GÓMEZ-MORENO